

Ciento noventa espejos

FRANCISCO JAVIER IRAZOKI

Hiperión. Madrid, 2017

212 páginas, 15€

Ciento noventa palabras pueden ser suficientes para crear un universo. Francisco Javier Irazoki (Lesaka, Navarra, 1954) ha reunido noventa y cinco textos breves que exploran las distintas formas del humor, la ternura, la alegría y el ingenio. Las inevitables penumbras sólo son efímeras zonas de paso en una poética exenta de “angustias verbales” y sin miedo a los itinerarios alternativos. Irazoki postula un desorden cuidadosamente organizado, que se rebela contra la disciplina del verso. La poesía es libertad ilimitada y sólo rinde cuentas ante la belleza. Las noventa y cinco piezas son espejos en movimiento, que acogen un infinito muy humano, donde se encuentran y dialogan distintas sensibilidades.

Cada poema en prosa compone un pequeño cosmos que se expande interminablemente, impugnando las nociones de principio y fin. El conjunto produce la impresión de una orquesta de jazz que improvisa analogías, ecos y contrastes. Es imposible no conmoverse ante una explosión de creatividad que celebra la vida y la amistad, sin ceder a las tentaciones de la

angustia, el resentimiento o el fatalismo.

Irazoki no es un anacoreta, sino un paseante que se aventura por todos los paisajes, sin desdeñar el riesgo y el compromiso. Afincado en Francia, lamenta que los prejuicios aún impidan conocer a la España real. La sombra de la dictadura se extinguió hace tiempo, pero algunos aún se enredan con ella, ignorando que nuestro país puede ser rabiosamente moderno. Así

del totalitarismo: fascismo, nacionalismo, dictadura del proletariado. En ningún caso se trató de “una plasmación errónea de bellas teorías”, sino del “infierno en su rigidez sagrada”.

El humor de Irazoki chispea con privilegiada agudeza en su retrato de los carteros parisinos, que pueden demorarse una semana en un local animado por “el juego de naipes, el humo del tabaco y el tango lascivo”. No es un simple problema postal. “Lo

“una quietud ágil”. La poesía puede y debe mirar hacia atrás, pero no debe perder de vista el presente y el porvenir. Coltrane no es un mero saxofonista, sino un maestro de acordes y claridades. Si queremos toparnos con un “Beethoven negro”, no debemos buscarlos en las nieblas germánicas, sino en una mesa de *Blue Note*, club neoyorkino.

No soy capaz de pasar por alto el pequeño homenaje que Irazoki tributa a Dionisio Ridruejo, identificado con el fascismo en su juventud. Sólo un hombre de enorme grandeza puede declararse “perdedor de la guerra que había ganado”, oponiendo “versos de serenidad fría” al destierro y la cárcel. La fineza de su alma se mostró inequívocamente en su templanza: “Nunca practicó el fracaso llamado insulto”. Durante un viaje a Dinamarca, “el reino de las bicicletas”, Irazoki pondera “el arte de vivir”. Creo que ese arte es la trama oculta de sus prodigios verbales, que obedecen a una ética admirable: “No herir a los hombres diferentes, sino celebrarlos”. Irazoki desconfía de las banderas y las tribus, pero no oculta su aprecio por Israel, “libro errante”. Ser judío no es un dato del azar, sino un destino semejante al de los negros esclavizados en los algodones. Todos juntos forman “la nación que se llama Auschwitz”, patria de “los seres derrotados”.

Ciento noventa espejos convoca a los que aman la literatura, la música, las ciudades, la duda. El libro de un hombre bueno que no pierde el tiempo con el odio y recuerda con añoranza los paisajes de su infancia.

RAFAEL NARBONA

Lea la entrevista con el poeta en www.elcultural.es



BEATRIZ GIOVANNA RAMÍREZ

***Ciento noventa espejos* convoca a los que aman la literatura, la música, las ciudades, la duda. El libro de un hombre bueno que no pierde el tiempo con el odio**

lo acredita la obra poética de Félix Francisco Casanova, creador de 49 precipicios rebosantes de “inteligencia festiva”. La falsa imagen de una España intolerante y antidemocrática sólo favorece a ETA y a sus cómplices, pisoteando las vidas rotas de las víctimas. Irazoki cita el valor y la coherencia de Maite Pagazaurtundúa, cuya voz “no excluye la palabra perdón”, evidenciando la miseria moral del terrorismo y sus prosélitos. Irazoki alza su aliento poético contra las diferentes máscaras

inquietante es que esa desidia se haya contagiado a los críticos de literatura francesa”. Esos críticos que cuestionan el talento literario de Bob Dylan y Leonard Cohen, escandalizados por los reconocimientos y galardones cosechados. Irazoki opina que sus palabras “abren una brecha de libertad” en una atmósfera dominada por los conciliábulos selectos. Son “juglares modernos” que merecen nuestra gratitud. Algo semejante sucede con los cuatro mil rascacielos de Nueva York, que nos regalan